

rir de hambre á los ochenta ú ochenta y dos años, por serle ya imposible trabajar; Isócrates también se dejó morir de hambre, cuando, según algunos, tenía cerca de cien años, al saber la pérdida de la batalla de Queronea; Hipócrates, «el viejo divino», falleció de ochenta, según unos, de ciento, según otros.

\*  
\*\*

Pero apresurémonos. Si fuéramos á escribir de todos los ilustres filósofos viejos de la antigüedad, sería preciso hacer un Diccionario.

Vengamos á la época moderna, citando sólo de paso los que buenamente acudan á la memoria: San Agustín, que murió de setenta y seis; Alberto Magno, maestro de Santo Tomás de Aquino, que falleció quizá nonagenario; Rogerio Bacon, el doctor admirable, franciscano, á quien se han atribuido grandes invenciones,—la de la pólvora, la de los vidrios de aumento, la de la bomba de aire, la del fósforo ó algo análogo..... (por todo lo cual pasó en los calabozos la mayor parte de su dilatada vida de ochenta años); —el otro Bacon, canciller de Inglaterra, autor del *Novum Organon*, escrito á los cincuenta y nueve años, promulgador del método experimental, muerto á los sesenta y cinco años de resultas de la explosión de una retorta...

Sí, apresurémonos, y vengamos á esta edad moderna, más que ninguna otra fecunda en viejos de fuerza intelectual como jamás había visto el mundo; sexagenarios como Leonardo da Vinci, Huyghens, Keplero, Arago, Leverrier, Ampère, Stephenson; septuagenarios como Copérnico, Galileo, Bradley, Leib-

nitz, Haller, Boscovich, Laplace, Berthollet, Oersted, Faraday, Darwin; octogenarios como Newton, Cassini, Kant, Franklin, Herschell, Volta, Boussingault, Ericson, cuyo 85 aniversario se celebró en Nueva-York el último de Julio de 1888; nonagenarios como Humboldt; centenarios como Chevreuil (1), y otros muchos, muchísimos más, cuyos nombres no acuden en este instante á la memoria, desobedeciendo á las evocaciones de la más buena voluntad. ¡Oh! ¡Gloria á cuantos Soles no aparecen en este momento ante la pluma!

¡Falta de vista, nó ultraje, es no reverenciarlos ahora en el recuerdo!

\*  
\*\*

Pues las obras inmortales  
de los muertos que no mueren

no fueron frutos de la juventud, por más que esa juventud brillase en muchos casos por su sorprendente precocidad.

Leonardo da Vinci, ya citado, hijo ilustre de una edad ilustre, precoz en aritmética, música y dibujo; luego admirable escultor y profundo arquitecto, poeta, botánico, astrónomo, mecánico y el mejor ingeniero de su siglo, gran profesor en el laúd, vigorosísimo jinete, hermoso, galante, amigo del lujo..... empezó, cumplidos ya los cuarenta y cinco años, la famosísima cena del refectorio de los dominicos en Milán, hoy ya muy deteriorada; y después de los cua-

(1) Chevreuil ha muerto de 103 años. En Octubre de 1888 estuvo paseando por el Palacio de la Industria en París.

renta y ocho, la gran estatua de Francesco Sforza. Y son producto de su edad madura sus célebres tratados, en donde, como preternatural conocimiento, están anticipados, en pocas páginas siempre, los descubrimientos de Galileo, Keplero, el sistema de Copérnico, las teorías recientes de ilustres geólogos, las leyes de la hidráulica..... Huyghens, también precoz, y tanto, que á los veintidós años era ya conocido por sus obras de geometría, y á los treinta y seis por el descubrimiento de uno de los satélites de Saturno, escribió lo mejor de sus obras imperecederas y verificó sus más grandiosos descubrimientos en edad ya avanzada, cuya fuerza intelectual era tan ambiciosa, que á los sesenta años empezó á estudiar los *Principia* de Newton, y después el cálculo de Leibnitz. Keplero, precoz igualmente, tenía cuarenta y siete años cuando descubrió las leyes inmortales sobre que descansa la astronomía moderna. Ampère publicó de cincuenta y un años la teoría de los fenómenos electro-dinámicos, de cincuenta y tres la determinación de la superficie curva de las ondas luminosas, y de cincuenta y nueve el ensayo sobre la filosofía de las ciencias. Stephenson tenía cuarenta y nueve años cuando logró al fin ver abierto el camino de hierro entre Mánchester y Liverpool, donde su inmortal locomotora sirvió por primera vez de agente de tracción, después de triunfar, á la segunda vez, de la oposición que en el Parlamento suscitó la idea de una rápida locomoción, estimada entonces como muy inconveniente (!); después de acallar las invectivas del ridículo; después de vencer la resistencia y oposición de eminentes ingenieros, y después, por último, de dominar el continuo motín de los propietarios de las tierras cruzadas por la vía, los cuales, brutal-

mente, arrojaban de ellas á los ingenieros y operarios. ¡Acogida admirable de tan portentoso invento!

Copérnico no concluyó su obra *De Revolutionibus orbium coelestium* hasta tener cincuenta y siete años, y no cesó de corregirla y enmendarla hasta que la dió á la imprenta teniendo ya sesenta y ocho: y ¿sabéis qué hizo el mismo día en que recibió impreso el primer ejemplar? Pues lo tocó y se murió.

Galileo no publicó su *Siderium Nuntius* hasta los cuarenta y seis años: su actividad fué incansable hasta los sesenta, cuando la Inquisición le obligó á abjurar sus herejías (!) y pronunció el famoso *e pur si muove*, tan comentado y contradicho; y á los setenta y cuatro años perdió la vista, á consecuencia de sus incesantes observaciones astronómicas. A esa edad publicó el *Diálogo sobre el movimiento local*, y descubrió la libración de la luna.

Bradley, el primero de todos los astrónomos por el asombroso consorcio que en él se verificó de la ciencia con la práctica, ya ilustre por el descubrimiento de la aberración de la luz, no encontró la nutación del eje de la tierra hasta cumplidos los cincuenta y cinco años.

Leibnitz, historiador, teólogo, físico y matemático, fué siempre portentoso hasta los últimos años de su vida; si bien realizó de los treinta á los treinta y siete el más importante de sus descubrimientos, el cálculo diferencial.

Laplace, después de los setenta años ejecutó todavía una inmensa tarea matemática. De los cuarenta á los sesenta y ocho años hizo Fáraday sus grandes trabajos sobre el electro-magnetismo. Darwin era ya quincuagenario cuando publicó el *Origen de las especies*, y sexagenario cuando imprimió el *Descent of*

man. Kant no apareció como inteligencia de primer orden hasta después de los cincuenta y siete años, cuando publicó la *Crítica de la razón pura*; á los sesenta y cuatro dió á luz la *Crítica de la razón práctica*; á los sesenta y seis la *Crítica del juicio*. De setenta años, Franklin, que

*Eripuit caelo fulmen sceptrumque tyrannis,*

fué á Francia en demanda de auxilios para asegurar la independencia de su patria. Herschell, organista, mecánico, matemático y astrónomo, hizo sus primeros descubrimientos de Urano y sus satélites, y de dos de los de Saturno, desde los cuarenta y tres á los cincuenta y un años; y la inmensidad de sus trabajos sobre el sistema solar, la revolución de las estrellas unas alrededor de otras y sobre las nebulosas, es muy posterior. Volta descubrió la maravillosa pila de su nombre de los cincuenta á los cincuenta y seis años de edad. Y ¿qué decir de Humboldt, comparable sólo con Haller en la universalidad de conocimientos, é incansable en la importancia de sus trabajos hasta los noventa años de su edad? Iba á cumplir los sesenta cuando emprendió con Ehrenberg y Rosa su gran viaje de 4 500 leguas, que tanto sirvió para rectificar la geografía de Asia.

¿Dónde encontrar, pues, el paralelismo entre la decadencia física y la intelectual?

\*  
\*\*

Pero, al llegar aquí, oigo alenjambre amotinado de las viejas de doscientos meses:

“¡Bien! Para algo ha de servir la edad senil: has-

ta los colmillos del lobo tienen contra el mal de ojo gran virtud.....; pero guárdense los sabios esos libros que nadie entiende; que lo que nosotras queremos es lo agradable, lo artístico, lo que haga palpar el corazón con lo bello; lo que posea el secreto de la risa..”

¿Si? Pues nadie como los viejos posee ese talismán; nadie como ellos sabe hacer reír; nadie como ellos sabe hacer asomarse á los párpados las dulcísimas lágrimas con que el arte conmueve el corazón.

¡Ea! Emplazadas quedáis para el capítulo siguiente.

### III.

Al concluir el capítulo anterior emplazábamos para éste á las *amotinadas viejas* de doscientos meses, con el fin de demostrarles que los viejos han manejado gloriosísimamente el talismán maravilloso poseedor del secreto de conmover el corazón, haciendo temblar la boca con las convulsiones de la risa, ó acudir á los ojos las lágrimas de los más puros sentimientos.

\*  
\*\*

¿Quién como Cervantes? Pues el Manco inmortal había ya cumplido cincuenta y ocho años cuando publicó la primera parte de *El Quijote*, y sesenta y ocho cuando la segunda. Y ¿ha habido autor alguno que sepa hacer reír como aquel viejo inmortal?

\*  
\*\*

A escape hemos de citar sólo algunos nombres para probar que la IMAGINACIÓN, creadora de la novela, se alza más y más alta todavía mientras más años cuenta; como si las fuerzas de la inventiva fuesen proporcionales á la edad. Lo mejor de Dumas y de Balzac no es lo primero que salió de sus plumas. Victor Hugo escribió á los cincuenta y siete años *Los Miserables*, y á los setenta *Los anales de un año terrible*; casi octogenario ya, ha publicado el *Torque-mada*, y trescientos cuentos (1). De cincuenta y siete dió al público Swift los *Viajes de Gulliver*. De cincuenta y ocho Defoe el *Robinsón*. De cuarenta y ocho Dickens *El cuento de las dos Ciudades*, y de cincuenta y dos *Nuestro mutuo amigo*. De cincuenta y seis Longfellow los *Cuentos de una posada*.

Ya muy en el otoño de la vida (y no puntualizaremos los años por tratarse de damas) publicaron George Elliot (Mariana Evans), Fernán Caballero (Cecilia Böhl) y Ossiana (Catalina Macpherson) las mejores de sus preciosas novelas; y, aunque de otro género, no se olviden las obras de Santa Teresa, correspondientes á los últimos años de su vida.

\*  
\* \*

Es tal la abundancia de citas que en materia de letras y de artes acude al recuerdo, que la dificultad del elegir es lo que entorpece el volar de la pluma, para probar que las más admirables creaciones del genio han venido al mundo después de haber cumplido sus autores la edad de cuarenta y cinco años, límite infundado de la potencia imaginativa.

(1) Sabido es que también ha muerto Victor Hugo; de ochenta años.

Lope de Vega murió de sesenta y tres; después de producir, según dicen, mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales. Créese que pasaba de los cincuenta y cinco Tirso de Molina cuando escribió *Desde Madrid á Toledo*, una de las mejores de sus trescientas comedias. Calderón compuso la mayor parte de sus quinientas obras dramáticas desde los cincuenta y uno á los ochenta años.

Y ya en la época moderna, ¿cabe no citar á Bretón y al Duque de Rivas en el número de los viejos fecundísimos?

Lo mejor de Shakespeare, siendo todo portentoso, son sus últimas creaciones, posteriores á los cuarenta y cinco años. Lo mismo hay que decir de Molière. Ambos murieron quincuagenarios; y sus fuerzas inventoras eran aún inmensas, cuando cedía en ellos la vital. De cincuenta años produjo Racine su *Ester*, y de cincuenta y dos su *Atalía*.

No es posible que las cincuenta y cuatro comedias de Aristófanes fueran, todas, obras de su juventud, puesto que consta haber estado treinta y nueve años ocupado en ellas.

Sófocles, acusado por sus hijos de demente, recitó ante el tribunal, para probar lo contrario, el *Edipo en Colona* que acababa de componer: además consta que escribió de edad avanzada la mejor parte de sus tragedias, y vivió cerca de noventa años.

A Homero (sea de este personaje lo que la crítica quiera) nos lo representa la tradición viejo y ciego, mendigando su pan de puerta en puerta.

Dante debió escribir mucho de su *Divina Comedia* allá por los cincuenta años. Milton, sin duda, tenía más de cincuenta y cuatro cuando empezó el *Paraíso perdido*. Goethe casi nada notable hizo hasta después

de los cuarenta y cinco: á los cuarenta y ocho, *Herman y Dorotea*; á los cincuenta y seis, *Fausto*; á los cincuenta y nueve, *Afinidades*; á los ochenta y dos, *Helena* (segunda parte del *Fausto*). La Fontaine dió á luz de setenta y tres años los tres últimos libros de sus fábulas; y de cincuenta y cuatro á setenta y uno Beranger sus canciones y su autobiografía.

\*  
\* \*

Pues si de los poetas pasamos á los oradores, á los historiógrafos, á los críticos, á los jurisconsultos....., acuden á la memoria los nombres de Cicerón, gran parte de cuyos tratados son de los cincuenta y ocho á los sesenta y dos años de su edad; Hallam, cuyo *Examen de la literatura europea* es de los cincuenta y dos á los sesenta y uno; Lista, que septuagenario escribió sus críticas; Littré, que empezó quincuagenario ya su *Diccionario* inmenso; el P. Mariana, que murió casi nonagenario; Chateaubriand, que á los sesenta y tres publicó sus *Études*; Lamartine, que á los cincuenta y siete dió á luz *Los Girondinos*; Luis Blanc, que á la misma edad mandó á la prensa la *Historia de la Revolución del 48*; Grote, que entre los cincuenta y dos y los sesenta y dos escribió su *Historia de Grecia*; Carlyle, que á los cincuenta y nueve publicó los dos últimos tomos de *Frederik the Great*; Prescott, que á los cincuenta y uno imprimió la *Historia del Perú*, y tantos, tantos otros como merecen siquiera mención: Macaulay, Gibbon, Michelet; el P. Isla, Mesonero Romanos, Fermín Caballero, Patricio Escosura, Durán, Camús..... y mil nombres más y más, ¡todos ilustres!

\*  
\* \*

¿Y puede no acudir á la memoria el nombre de Voltaire, el escritor universal del siglo pasado?

*«Il fit Irène à quatre-vingt trois ans, à dix-sept ans il fit Œdipe!»*

En el pedestal de su estatua, erigida ante el *Théâtre-Français*, se leía esta inscripción el glorioso día de la traslación de sus restos al Panteón Nacional; el 12 de Julio de 1791. Y ¿habrá alguien capaz de enumerar las estatuas levantadas á este viejo extraordinario desde entonces hasta la última, erigida en Saint-Claude (Jura) el 4 Septiembre de 1887? Siervos eran todavía en el siglo XVIII los residentes en el término de la Abadía de esta localidad, ¡incluidos los forasteros que en ella permanecían un año! Gracias á Voltaire cesó su servidumbre por decretos de Luis XIV; y, como recuerdo de gratitud, las municipalidades del Jura erigieron este último monumento que ¡á las pocas noches, trataron de echar abajo muchos fanáticos, hoy libres, descendientes de los siervos!!

¿Y pintores? Tiziano, el artista siempre joven aunque murió centenario; Lucas Jordán, septuagenario; Murillo, que pintó el San Antonio de la catedral de Sevilla en los últimos años de su vida..... Riard, decano de los pintores franceses, que acaba de morir octogenario; septuagenario Simonis, el famoso escultor; Auber, el músico, de ochenta; Suppé.....

\*  
\* \*

Ibamos aún á citar los *Idilios* de Tennyson; los *Cantos en muchas claves* de Holmes; los *Poemas* de don José Joaquín de Mora, el enemigo de los asonantes;

el *Tratado sobre la naturaleza humana* de Hobbes; á D'Alembert, el esclavo de la libertad más aún que matemático; á Alcuino, tenido por el más sabio de su tiempo; á los octogenarios Johnson y Aldrobando; á Albuquerque, el famoso héroe portugués del Malabar; á Belisario, el general que con menos medios ha hecho más; al viajero Bonpland, octogenario....; pero alguna vez hemos de dar punto á la enumeración de los VIEJOS INMORTALES, y aquí nos separamos de tan buena compañía.

\*  
\* \*

Muchas veces, años enteros quizá, hemos estado pensando continuamente en escribir un libro con ese título glorioso:

LOS VIEJOS INMORTALES,

y esa es la razón por que tantos nombres de oro se encuentran archivados en los registros de nuestra memoria.

No han sido buscados ahora (1) expresamente para impugnar la infundada teoría del paralelismo entre la decadencia física y la intelectual; antes bien, y muy al contrario, por habernos llamado constantemente la atención el hecho de que con los años crecen el talento y la imaginación, hasta convertirse en genio, por eso nos extrañó desde un principio la reciente insistencia en sostener—contra toda evidencia—la malaventurada teoría de un paralelismo que no existe.

(1) Sin embargo, hemos visto muchos nombres gloriosos en un precioso trabajo sobre los ancianos ilustres, publicado por el *Scientific American*.

Si como disminuyen, sin excepción, la gracia, la esbeltez y el vigor muscular con el transcurso de los años, decrecieran también y SIN EXCEPCIÓN las potencias intelectuales.... ¡oh! entonces no existirían ni la *Iliada*, ni el *Paraiso Perdido*, ni el *Quijote*, ni el *Fausto*, ni....; pero ¿á qué citar?

\*  
\* \*

Y hay otra prueba contraria al paralelismo del desarrollo psíquico y del corpóreo. Prueba evidente: LA PRECOCIDAD.

No entraremos en pormenores; porque en un artículo consagrado á los «VIEJOS» no cuadraría bien en modo alguno el hacer la apoteosis de la juventud. ¿Qué más quisierais vosotras, viejas de doscientos meses, que un catálogo de los pollos ilustres!

Pero alguna indicación hemos de hacer.

No es siempre cierto el repetido dicho de Carlyle de que «mientras más rica es una inteligencia, más lento es su desarrollo».

Gran número de los que llegaron á ser VIEJOS INMORTALES empezaron llamando la atención por su precocidad. Leonardo da Vinci, Huyghens, Keplero, Galileo, Leibnitz, Newton, Franklin, Humboldt, Dante, Lope de Vega, Calderón, Voltaire, Víctor Hugo.... y varios más de los citados.

Y, si todavía parecieran pocos, citemos entre las precocidades portentosas á Pascal, que á los doce años y sin auxilio de libro ninguno encontró las treinta y dos primeras proposiciones de Euclides; á Mozart, que á los ocho años tocaba el órgano en Versalles, rival ya de los más grandes maestros; á Ra-

fael, genio desde los diez y siete; á Byron, Bellini, Fortuny, Espronceda, Larra; á Alejandro Magno, á Napoleón I, á Pitt..... y miles y miles más de artistas, inventores y genios que bajaron al sepulcro antes de la edad viril; ó que, aun habiendo muerto de edad pro-  
 vecta, ejecutaron de jóvenes, ó poco más, sus obras más celebradas. Santo Tomás y Balmes murieron antes de ser quincuagenarios. Lo mejor de García Gutiérrez y de Hartzenbusch son sus primeras producciones. El gran invento de Watt fué de casi niño.

\*  
 \*\*

Nó: no existe el paralelismo supuesto.

En algunos casos podrán coexistir el crecimiento de las facultades físicas con la perfección de las intelectuales; pero, en los más, cuando el cuerpo empieza á declinar, todavía sigue aumentando el vigor psíquico, y en muchos, la precocidad ha sido una alborada luminosísima del Genio.

\*  
 \*\*

Algún ejemplo podrá aducirse de chochez. Verdad. ¿Y qué? ¿Quién puede negar que Hartzenbusch perdió la lucidez de sus facultades en los dos últimos años de su vida? ¿Ha dicho alguien que los hombres de talento conservan siempre la integridad de sus potencias? Pero ¿no ha habido enfermos de enfermedad mortal que todavía han ejecutado obras maestras? Tomás Hood, en el lecho de que no volvió más á levantarse, compuso *El puente de los suspiros*. ¿No

está hemipléxico hace años Pasteur, el gran bienhechor de la humanidad?

\*  
 \*\*

Nó: no existe tal paralelismo. El desarrollo cerebral no corre parejas con el de los demás órganos. Platón era tan vigoroso luchador, que pudo presentarse á disputar los premios píticos é ístmicos; pero ¿podría deducirse de aquí que todos los filósofos tienen fuerzas musculares de jayán?

Dícese que el Genio muere sin descendencia; lo cual es cierto, puesto que los grandes hombres no tienen hijos como ellos; pero porque Aristarco, el crítico, tuviese dos hijos idiotas, ¿puede deducirse que el talento no engendré nunca más que tontos?

\*  
 \*\*

De los hechos aislados no puede deducirse más que la realidad de su existencia, pero de la repetición de los casos se deducen siempre leyes.

La aparición, pues, y el desarrollo de las potencias intelectuales, así como su fortuita decadencia, no siguen, en general, paso á paso el desarrollo y la decadencia de las facultades físicas del hombre.

Y, así, para los grandes talentos, la vejez no es portadora de la muerte, sino de la inmortalidad.

\*  
 \*\*

Y no la siguen, aun tratándose de los hombres no conspícuos por sus libros ni su ciencia.

A principios del año próximo pasado de 1888 fa-

llecio en Constantinopla de ciento quince años, y en toda la plenitud de sus facultades, un comerciante turco, Dimitrios Antipa, nacido en Cefalonia en 1772 y criado en Paris, donde conoció personalmente á Marat, Danton y Robespierre.

El 15 de Noviembre de 1887 murió en una finca cerca de Muscatine (Iowa, Estados Unidos de la América del Norte), reteniendo su memoria de prodigio, el famoso Mac Cartney, de ojos tan deficientes que jamás pudo ver claro, sin ser ciego, y que recordaba todo, todo cuanto por el intermedio del oído llegaba á su noticia. Sus facultades para calcular parecían cosa de magia: casi instantáneamente podía sacar la raíz cúbica de los números desde millones para abajo. Sabía de memoria, hasta la sexta potencia, las potencias de todos los números inferiores á 40, y elevaba en diez minutos hasta la sexta potencia cualquier guarismo que no llegase á 100.

\*  
\*\*

Estadísticas muy recientes y fidedignas demuestran que las facultades psíquicas no decaen en la gran generalidad de los humanos ni por los excesos del trabajo físico, ni por la tensión exagerada y constante de los trabajos de la inteligencia ó de la imaginación..... Hay ahora en Staten Island, cerca de Nueva York, unos ochocientos marineros, todos viejos, cuya mayoría cuenta de setenta á ochenta años. Hasta hace pocos, solían dar nuestros diarios noticias de la muerte de los últimos veteranos del combate de Trafalgar y de la guerra de la Independencia.

No: no matan ni los trabajos ni los estudios. Hay

viejos de clara inteligencia en los distritos agrícolas lo mismo que en las poblaciones situadas á orillas de la mar; y en todas partes viven mucho los madrugadores que tienen perennemente ocupadas las manos con los pródidos instrumentos del campo ó de la industria, ú ocupada potentemente la atención con problemas de gran profundidad. Por lo contrario, en todas partes viven poco los esclavos de la holganza, que no respiran jamás el aire libre, sino las envenenadas atmósferas nocturnas de los templos del azar y la prostitución.

\*  
\*\*

El hombre ha nacido para el trabajo físico é intelectual: sacadlo de su elemento, que es la actividad moral, y morirá como el pez fuera del agua. Sepa quien tema á la muerte, que acorta sus días toda vileza esclava de egoísmos y concupiscencias vitandas; que se va suicidando lentamente quien no consagra su inteligencia á las ideas, ni sus sentimientos al amor, ni sus energías al bien; y que es tan imposible la longevidad aspirando los miasmas infectos del muladar y del pantano, como saciando los instintos egoístas en la corrupción moral ó en las seducciones del delito ó en los llamamientos del crimen.

\*  
\*\*

Fascinantes hechiceras de doscientos meses, ¿queréis llegar á viejas centenarias? Pues recapacitad

por algunos momentos solamente (pediros más sería mucho exigir), si nuestros benditos abuelos hacían ciencia higiénico-social sin percatarse de ello, cuando decían majestuosamente:

La mujer honrada,  
En casa, y la pierna quebrada (1).

(1) Claro es que muchos involuntariamente mueren por falta de alimentos adecuados, ó por haber de trabajar en condiciones anti-higiénicas, ó en industrias insalubres, etc., etc., por obligarlos á ello la pobreza.

Y claro es también que otros no aprovechan medios de comodidad muy á sus alcances, desdenando por echarla de fuertes el abrigo necesario, ó afrontando epidemias, ó exponiéndose innecesariamente á otros peligros, ó esquivando toda sujeción á las prescripciones de la higiene, etc., etc.

Estas clases de suicidios son ajenos á nuestro tema, reducido á combatir el supuesto paralelismo entre la aparición, desarrollo y decadencia de las potencias intelectuales, y el desarrollo y la decadencia de las facultades físicas.

## LUJO Y CARIDAD.

Era un día de frío horroroso: hacia sol y el cielo azul-profundo encantaba la vista y alegraba el ánimo.

Yo venía algo orgulloso de haber hecho perfectamente, á mi entender, un encargo de gran dificultad.

Un amigo me había escrito para que le comprase cigarros intachables, autorizándome para no reparar en el precio; pues con ellos quería pagar servicios que el dinero no podía retribuir. Yo no fumo; y mi gran apuro era satisfacer sus deseos y no ser engañado. Rodeéme de precauciones, pregunté, consulté, hice comparar, y me decidí por cosa inmejorable, al decir de los peritos. Esta era la causa de mi satisfacción no acostumbrada; pues el desdichado amor propio hace que no nos alegremos con aquello para que tenemos aptitud y que, regularmente, hacemos bien, sino con las cosas que nos cuestan gran trabajo,—que suelen ser todas aquellas de que entendemos poco, y que, por consiguiente, valen poco también. El tabaco me había costado doscientos y tantos duros, y al pagarlo sobraba algo de las monedas que entregué: en

la vuelta que me dieron venía una apestosa pieza de dos cuartos.

\*  
\*\*

No sé por qué al pasar por una tienda me llamaron la atención los primores y dorados de la muestra. Era una confitería nueva. Entré, tampoco comprendo por qué, pues no sentía necesidad. Ya dentro empecé á mirar qué tomaría, pues en verdad no apetecía cosa ninguna, y me causaba empacho el salirme sin pagar algo.

La voz de los niños tiene para mí un encanto indefinible; pero hay voces de voces. Un nada en la organización hace que las multitudes corran entusiasmadas á los teatros para oír á un tenor. Pues detrás de mí oí el siguiente diálogo infantil, dicho por dos voces de aquellas de que se muestra avara la organización.

—¡Mira, dulces!

—¿Y todo eso también?

—¡Todo!!!

Volví la vista encantado por la dulzura de aquellas voces angelicales.

A la puerta, apoyado uno en otro, había un niño y una niña. No tenían siete años, pues las absortas boquitas dejaban ver unos dientes blanquísimos. ¿Quién era el mayor? No lo sabré decir: de estatura eran iguales. Quizá la niña; pues, en esa edad, á igualdad de cuerpos, las niñas son mayores. Y, si no era la más entrada en años, de seguro era de más precocidad; pues el niño evidentemente la reconocía por superior: estaba un poco detrás de ella, y se asía á su vestido.

\*  
\*\*

¡Vestido! Pase la voz, si es que puede llamarse vestido una enaguilla rota y desteñida, de un color indefinible; y un pañoloncito más desteñido aún. Llevaba unos zapatos de una muchacha de catorce años. El pañolón le cubría á medias la cabeza, le ceñía los hombros y el talle, y luego iba disminuyendo hasta los pies, en donde, juntamente con el vestido, terminaba en punta; formando un todo semejante á las pilastras anchas por arriba y angostas por abajo, y enteramente lo contrario de las elegantes niñas que pasaban, cuyas sedosas enaguas se ensanchaban lujosamente, merced á metálicos ahuecadores. El vestido del niño no era de gran complicación: no llevaba zapatos ni sombrero. Un calzoncillo que le arrastraba y una camisa limpia componían sus galas todas.

Con el frío, las manecitas y los rostros estaban amoratados.

\*  
\*\*

—¡Cuánto dulce!—repitió el niño.

—¡Largo de aquí!—gritó el confitero, figurando echar mano á una de las pesas.

El niño se hizo un poquito atrás: la niña nó.

—¿Quieres?—dijo al niño.

El niño miró á su hermana: ésta me miró á mí.

¿Era hermosa? No sé si su nariz era académica; lo que puedo decir es que ojos más renegros ni más

grandes no se ven en tal edad. ¡Qué impresión la de aquella entreabierta boquita de blanquísimos dientes!

—Mira, ven, acércate; entrad. Vamos, toma.

Todo esto les dije, y los niños no se movían; miraban al confitero más que á mí.

Me adelanté con un dulce en la mano y lo presenté á la niña. Esta sacó extendida su roja manecita, llena de sabañones, y con la palma hacia arriba, dejó que yo pusiese en ella un dulce mayor que la mano.

¡Con qué ojos y qué expresión me preguntó entre espantada y alegre:

—¿Para mí!!!

—Sí: para tí.—Y tú ven acá: toma también.

El niño se atrevió á entrar, y cerca del mostrador, poniendo las dos manos, recibió otro dulce.

—¿Para mí!

—Para tí: aguarda; toma.

Y le di la apestosa pieza de dos cuartos.

\*  
\*\*

¿Fué por bondad? ¿fué por salir de ella?

Sin aguardar á más, y sin dar gracias, sin mirarme siquiera, pero sí mirando al confitero, echaron los niños á correr.

Atravesaba un coche, y los niños, viendo que les faltaba el tiempo para cruzar por delante de los caballos, volvieron temerosos hacia atrás. El cochero les echó el látigo encima, y miraron los niños sin ira como quien recibe el castigo de una falta merecida y motivada.

Siguió el carruaje adelante.

Al paso observé que los caballos eran un tratado

de veterinaria andando, que habrían hecho reir á un árabe, pero que la ignorancia de nuestros improvisados ricos adorna de correaes costosos. Un golpe de suerte puede dar opulencia, pero no concede el sentimiento de la belleza y hasta poesía del caballo. Nuestros antepasados buscaban en el noble animal la pureza de la raza y de la sangre, la limpieza de los músculos y de los tendones: el arreo del bruto era cosa secundaria, la fuerza motriz era el todo: hoy lo principal es el trabajo de orfebrería y de botonero.

El látigo del auriga me hizo daño.

\*  
\*\*

Los niños, sin embargo, miraban sus dulces; el varoncito desprendió un pedazo bastante chico; lo metió en la boca y con hueca voz dijo:

—¡Qué buenoóóó!... Pero esto para Anita.

La hermana replicó:

—¿Con calentura?

—¡Si es muy bueno! repuso el niño; y asiendo del vestidillo á su hermanita, echaron á correr.

Los vi ir, y oprimióseme el corazón.

¡Había gastado doscientos duros para viciar la atmósfera con la odorífera nicotina de la Habana, y había dado sólo dos hediondos cuartos á unos infelices que llevaban dulces á otra hermanita con calentura!

\*  
\*\*

¡Dos cuartos para la necesidad y la indigencia, y centenares de duros para el despilfarro y la satisfacción de las más bajas necesidades de la opulencia!

Pero ¡el lujo da alimento al pobre! insinúan los opulentos.

¡Hay lujos de lujos!

El lujo de un Observatorio es el fomento de las más altas potencias de la humanidad.

Pero ¡el lujo del tabaco! El que fuma, saborea el látigo de la esclavitud en las Antillas: quizá la hoja verde fué regada con sangre.

¡Cuánto esfuerzo convertido en humo!

La estadística nos dice que si se pusiesen unos tras otros los cigarros que en Francia se fuman, habría para dar dos veces la vuelta al mundo. ¿Y cuánto se fuma aquí?

¡Oh! ¿Qué sería el mundo si lo que se consume en el humo de las vanidades se emplease en obras de caridad?

Pero ¡para el lujo talegas! ¡para la caridad dos cuartos!

\*  
\*\*

Los niños se fueron, y yo, á la puerta de la lujosa confitería, los seguí con la vista hasta que traspusieron la calle.

Hoy uno de mis remordimientos es no haber averiguado dónde vivían.

## SECCIÓN SEGUNDA

NI EL CARBÓN NI LA ESCLAVITUD

FUERZAS DEL MAR

EL POROROCA.—LAS OLAS

EL ACEITE Y LAS OLAS